

# DECENIO INTERNACIONAL PARA REDUCCIÓN DE DESASTRES NATURALES

## LOGROS Y RETOS

Por el Dr. José Luis Zeballos, Representante en México de las Organizaciones Panamericana y Mundial de la Salud, y la Arq. Helena Molín, Encargada de la Oficina Regional del DIRDN en Costa Rica.

Extracto de la ponencia presentada durante el Seminario Internacional sobre Tecnologías y Metodologías para la Prevención de Desastres (9 y 10 de octubre); CENAPRED

La celebración del Día internacional para reducción de desastres naturales en México ratifica los compromisos asumidos por el país para cumplir los objetivos del decenio (DIRDN): crear y difundir la cultura de prevención de desastres, y emprender acciones que de manera segura contribuyan al desarrollo de la sociedad.

Los desastres naturales son resultado de la vulnerabilidad de la población ante amenazas por terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, inundaciones, deslizamientos y sequías. A sus efectos catastróficos, la humanidad ha pagado caro tributo: recientemente, la *Federación Internacional de la Cruz Roja* publicó que, mundialmente, de 1970 a 1994, el conjunto de pérdida de vidas, heridos y damnificados fue de unos 133 000 000 de personas.

Hay otra secuela de efectos: a) inmenso costo económico por: a1) destrucción de obras; a2) daños a la producción agrícola, etc.; afectan la economía, especialmente en países subdesarrollados. Adicionalmente a la pérdida de seres queridos, las que afligen a los damnificados suelen incluir todo lo que con años de trabajo y sacrificio habían adquirido.



Nuestra región es vulnerable: los fenómenos naturales adversos son recurrentes; si no aprendemos de las trágicas lecciones previas, muy poco podremos hacer para cumplir los acuerdos internacionales, y casi nada para proteger a nuestras ciudades y sociedades vulnerables. En sólo 5 eventos catastróficos durante los 80, el *Consejo Económico para América Latina y el Caribe* (CEPAL) estimó pérdidas por más de 10 000 000 000 de dólares.

Millones de personas emigran hacia centros urbanos. Casi la mi-

tad de los 6 000 000 000 de habitantes que al inicio del siglo XXI poblarán la Tierra se ubicarán en urbes y suburbios, condiciones potenciales para incremento de la vulnerabilidad.

No sólo la concentración urbana ha de preocuparnos. En grandes metrópolis no se sabe con certeza el rigor de acatamiento de los códigos de construcción, ni en qué medida se eluden las regulaciones de zonificación para edificación. El Secretario General del DIRDN afirma que por lo menos el 25% de

la población mundial vive en áreas de alto riesgo, y se incrementa muy rápidamente.

Al fin del presente siglo, 17 de las 20 ciudades más pobladas del mundo serán de países en vías de desarrollo. Para el año 2025, se calcula que el 80% de las urbes grandes estarán en estos países.

¿La humanidad podrá encarar semejante desafío? ¿Habrá viviendas suficientes? ¿A prueba de sismos? ¿Se podrán satisfacer los servicios de agua, alcantarillado, energía eléctrica, comunicaciones, etc.? ¿El aire será más puro? ¿Cuánto oxígeno por día requerirán para respirar 25 000 000 de habitantes? ¿Cuánto anhídrido carbónico exhalarán éstos? ¿Qué ideas tenemos acerca de generación de basura y de otros desechos, y de la contaminación del aire, que provoca daños irreversibles a la salud?

Tales escenarios potenciales constituyen serio desafío para los planificadores. Ya, es imperativo reducir el tamaño de urbes grandes y descongestionar el hacinamiento urbano. Para ello se requieren acciones audaces, vinculadas al desarrollo socioeconómico, en políticas de planificación.